

HUIDA A EGIPTO

Cuaresma 2021 – (DÍA 24)

Meditaciones de San Alfonso María de Liguorio

Material extra (optativo)

†

QUIEN AMA A JESUCRISTO SÓLO QUIERE LO QUE ÉL QUIERE¹

La caridad va siempre unida con la verdad, por lo que, conociendo que Dios es el único y verdadero bien, aborrece la iniquidad, que se opone a la voluntad divina, y sólo se complace en lo que Dios quiere. De aquí procede que el alma amante de Dios se preocupa poco de lo que los demás digan de ella y sólo atiende a lo que es del agrado de Dios. Decía el Beato Enrique Susón: «Aquellos están verdaderamente con Dios que se esfuerzan por cumplir con la verdad y después no se cuidan de lo que de ellos digan los hombres o de cómo les traten.»

Repetidas veces hemos dicho arriba que la suma de la santidad y de la perfección del alma consiste en renunciarse a sí mismo y abrazarse con la voluntad de Dios, y aquí lo vamos a exponer ahora más detalladamente.

Si queremos hacernos santos, nuestro único deseo ha de ser renunciar a la voluntad propia para abrazarnos con la de Dios, porque la médula de todos los preceptos y consejos divinos estriba en hacer y padecer cuanto Dios quiere y como lo quiere. Roguemos, por tanto, al Señor que nos dé santa libertad de espíritu, libertad que nos hará abrazar cuanto agrada a Jesucristo, a pesar de las repugnancias del amor propio o del respeto humano. El amor de Jesucristo pone a sus amantes en una total indiferencia, siendo para ellos todo igual, lo dulce como lo amargo; nada quieren de lo que les agrada a sí mismos, y quieren cuanto agrada a Dios; con la misma paz se dan a las cosas grandes que a las pequeñas, e igualmente reciben las cosas gratas que las ingratas; bástales agradar a Dios en todo.

Dice San Agustín: «Ama y haz lo que quieras»; ama a Dios y haz lo que quieras. Quien ama a Dios en verdad no anda tras otros gustos que los de Dios, y en esto sólo halla su contentamiento, en dar gusto a Dios.

Santa Teresa escribía: «¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos, que, si no mirásemos otra cosa sino el camino, presto llegaríamos; más damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino.» He aquí, por tanto, cuál ha de ser el único fin de todos nuestros pensamientos, de las obras, de los deseos y de nuestras oraciones: el gusto de Dios; éste es el camino que ha de conducirnos a la perfección: ir siempre en pos de la voluntad de Dios.

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 13.

Dios quiere que le amemos con todo nuestro corazón. Aquella alma ama a Dios con todo su corazón, que repite sinceramente con el Apóstol: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Señor, dadme a conocer qué queréis de mí, que dispuesto estoy a hacerlo todo. Y entendamos esto bien, que cuando queremos lo que Dios quiere, entonces queremos nuestro mayor bien, pues Dios a la verdad que no quiere sino nuestro verdadero bien.

Decía San Vicente de Paúl: «La conformidad con el divino querer es el tesoro del cristiano y el remedio de todos nuestros males, porque implica la abnegación de sí mismo y la unión con Dios y todas las virtudes.» La suma de toda la perfección está encerrada en estas palabras: Señor, ¿qué queréis que yo haga? Nos promete Jesucristo que no perecerá un cabello de vuestra cabeza; es decir, que el Señor nos remunera cualquier buen pensamiento que por darle gusto hayamos tenido y no deja sin recompensa cualquier tribulación que con paz y alegría hayamos sobrellevado para conformarnos con su santa voluntad. Escribió Santa Teresa: «¡Bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!»

Mas nuestra conformidad con el divino querer ha de ser entera y sin reserva, constante e irrevocable; que en esto, repito, se cifra toda la perfección y a esto deben encaminarse todas nuestras obras, todos nuestros deseos y todas nuestras oraciones. Algunas almas dadas a la oración, al leer los éxtasis y raptos de Santa Teresa de Jesús, de San Felipe Neri y de otros santos, entran en deseos de tener y disfrutar esta unión sobrenatural. Estos deseos hemos de desecharlos, por contrarios a la humildad; si queremos santificarnos, debemos desear la verdadera unión con Dios, que consiste en unir totalmente nuestra voluntad con la suya.

«En lo que está la suma de la perfección – dice Santa Teresa – claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad... Esta es la unión que yo deseo y querría en todas.» Y poco más adelante prosigue: «Oh, ¡qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad!» La verdad es que muchos decimos: Os doy, Señor, mi voluntad; no quiero sino lo que vos queréis, y, sin embargo, al sobrevenir cualquier contrariedad, no sabemos resignar-nos a la voluntad divina. De aquí procede el lamentarse de tener mala suerte en el mundo, lamentarse de que todas las desgracias caen sobre nosotros y, por tanto, vivir vida desgraciada.

Si estuviéramos unidos con la voluntad de Dios en todas las adversidades, ciertamente que nos santificaríamos y seríamos los más felices del mundo. Esforcémonos, pues, cuanto podamos, por tener nuestra voluntad unida con la de Dios en todas las cosas que nos sucedan, sean gratas o ingratas. A algunos les pasa lo que a la veleta, que gira según el viento; si el viento es bonancible, según sus deseos, ahí los tenéis alegres y suaves; pero, si sopla el regañón y las cosas no van como la seda, ahí los tenéis tristes e impacientes, y de ahí que no se santifiquen, sino que vivan vida desgraciada, porque en la tierra son más frecuentes las cosas adversas que las favorables. San Doroteo enseñaba que el gran medio de conservarse en continua paz

y tranquilidad de corazón es el recibirlo todo de manos de Dios, venga como viniere; por lo que cuenta el Santo que los antiguos Padres del yermo nunca andaban airados ni melancólicos, porque todo lo que les acaecía tomábanlo alegremente, como venido de las manos de Dios.

¡Feliz quien vive enteramente unido y abandonado al divino querer! Ni la prosperidad le ensalza ni la adversidad le abate, porque tiene entendido que todo viene de Dios. Única regla de su querer es el querer del Señor, por lo que sólo hace lo que Dios quiere y sólo quiere lo que quiere Dios; no se afana por emprender muchas cosas, sino por ejecutar perfectamente las que cree ser del agrado divino. De ahí que haga primero pasar las insignificantes obras de su estado antes que las acciones brillantes y gloriosas, pues está convencido de que en éstas puede intervenir el amor propio, al paso que en aquéllas ciertamente se encuentra la voluntad de Dios.

Seremos, pues, felices, si recibimos de Dios cuanto sea servido, conforme siempre nuestra voluntad con la suya, sin andar mirando si está acorde o no con nuestro gusto. Decía la M. De Chantal: «¿Cuánto gustaremos las dulzuras de la voluntad divina en todo cuanto nos suceda, sin mirar más que al beneplácito divino, que con igual amor y para nuestro mayor provecho nos envía prosperidades y adversidades? ¿Cuándo nos arrojaremos en los brazos de nuestro amantísimo Padre celestial, dejándole el cuidado de nuestra persona e intereses, reservándonos solamente el deseo de agradarle? De San Vicente de Paúl decían sus amigos: «Vicente siempre es Vicente», queriendo con ello indicar que, en todo suceso, próspero o adverso, siempre se le encontraba con el rostro sereno, siempre igual a sí mismo, porque, abandonándolo todo en manos de Dios, nada temía y no apetecía más que lo que fuese del agrado de Dios. Santa Teresa escribe: «Aquella libertad de espíritu tan apreciada y deseada que tienen los perfectos, adonde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear; porque no queriendo nada, lo poseen todo.»

Muchos, por el contrario, se forjan la santidad conforme a sus inclinaciones: el melancólico anhela por la soledad; el dinámico, por la predicación y negocios de paces; el duro, por ejercitarse en penitencias y maceraciones; el generoso, por la limosna; unos se dan al ejercicio de variadas oraciones vocales; otros, a la visita de santuarios, y todos creen que en ello consiste la santidad. Las obras externas son fruto del amor a Jesucristo, pero el verdadero amor consiste en conformarse en todo con la voluntad de Dios y, por consiguiente, en renunciarse a sí mismo y buscar lo que es más agradable a Dios, porque Él así lo merece.

Otros quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en tal lugar, con determinados compañeros o en otras circunstancias semejantes; de no ser así, dejan de obrar o lo hacen de mala gana. Estos tales no son libres de espíritu, sino esclavos del amor propio, y, por eso, poco mérito alcanzarán en cuanto hagan; al contrario, siempre viven inquietos, porque, aferrados a la propia voluntad, sentirán pesado el yugo de Jesucristo.

Otros quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en tal lugar, con determinados compañeros o en otras circunstancias semejantes; de no ser así, dejan de obrar o lo hacen de mala gana. Estos tales no son libres de espíritu, sino esclavos del amor propio, y, por eso, poco mérito alcanzarán en cuanto hagan; al contrario, siempre

viven inquietos, porque, aferrados a la propia voluntad, sentirán pesado el yugo de Jesucristo. Los verdaderos amantes de Jesucristo sólo buscan lo que a Él agrada, y donde lo quiera, y en el modo que lo quiera: sea empleándolos en ocupaciones honrosas, sea en menesteres ordinarios y humildes, sea en vida de brillo o en vida oscura y menospreciada. Esto exige el puro amor de Jesucristo y en esto debiéramos ejercitarnos, combatiendo contra los apetitos del amor propio, que quisiera vernos ocupados en aquellos ministerios solamente que traen honra consigo o son de nuestras inclinaciones. Mas ¿qué importa ser el más honrado del mundo, el más rico y el más grande, contra la voluntad de Dios? Decía el Beato Enrique Susón: «Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín del cielo por propia voluntad.» Dice Jesucristo: Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios?» Y el Señor les responderá: Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad.

Apartaos, pues no os reconozco por discípulos míos, ya que antes quisisteis seguir vuestros apetitos que mi voluntad. Y esto se aplica especialmente a aquellos sacerdotes que se fatigan en el perfeccionamiento y salvación de los demás y ellos siguen viviendo estancados en sus imperfecciones.

La perfección consiste: 1.º) en verdadero desprecio de sí mismo; 2.º) en total mortificación de los malos apetitos; 3.º) en la perfecta conformidad con la voluntad de Dios; quien se vea falto de una de estas tres virtudes está fuera del camino de perfección. Por eso decía un gran siervo de Dios que más valía en nuestras acciones tener por fin la voluntad de Dios que la gloria de Dios, porque, cumpliendo con la voluntad de Dios, también procuramos su gloria, al paso que, nos proponemos la gloria de Dios, nos podemos engañar, a las veces, haciendo nuestra voluntad con pretexto de hacer la de Dios. Escribe San Francisco de Sales: «Muchos dicen al Señor: Me consagro a vos sin reserva, y pocos son los que se abrazan con la práctica de este entregamiento, que no es otra que la perfecta indiferencia en aceptar todo lo que nos acontece, como nos vaya aconteciendo, según el orden de la divina Providencia, ya sean aflicciones o ya consuelos, desprecios y baldones, como honores y gloria.»

El verdadero amador de Jesucristo se conoce en el padecer y abrazarse alegremente con lo desagradable y contrario al amor propio. Decía Tomás de Kempis que no puede llamarse digno amador quien no está aparejado a sufrirlo todo y seguir en toda la voluntad del amado. Y, por el contrario, el P. Baltasar Álvarez decía que «las penalidades son postas con que se recorren los trechos que hay de las almas a Dios». La santa Madre Teresa escribe: «Y ¿qué más ganancias que tener algún testimonio que contentamos a Dios?» Y yo añado que no podemos tener testimonio más cierto de que damos gusto a Dios que abrazar alegremente las cruces que Él nos enviare. Agradece el Señor que le agradezcamos los beneficios que nos dispensa en esta vida, mas, en sentir del Beato P. Juan de Ávila, «más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias en bendiciones en la prosperidad».